

Dominique Lapierre y Larry Collins
Esta noche, la libertad

Dominique Lapierre y Larry Collins

Esta noche, la libertad

Traducción de Adolfo Martín

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Título original: *Cette nuit la liberté*

© Dominique Lapierre y Larry Collins, 1975

© por la traducción, Adolfo Martín, cedida por Random House Mondadori, S. A.

© Editorial Planeta, S. A., 2010

Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

Primera edición: mayo de 2010

Depósito Legal: B. 15.294-2010

ISBN 978-84-08-09327-5

Composición: Víctor Igual, S. L.

Impresión y encuadernación: Cayfosa (Impresia Ibérica)

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**

Por algún impenetrable designio de la providencia, la misión de gobernar la India ha sido depositada sobre los hombros de la raza inglesa.

RUDYARD KIPLING, 1889

La pérdida de la India asestaría a Inglaterra un golpe fatal y definitivo. Haría de ella un país insignificante.

WINSTON CHURCHILL, 1931

Hace muchos años, establecimos una cita con el destino, y ha llegado el momento de cumplir nuestra promesa... A medianoche, cuando los hombres duermen, la India despertará a la vida y a la libertad. Se aproxima el instante, un instante rara vez ofrecido por la historia, en que un pueblo sale del pasado para entrar en el futuro, en que finaliza una época, en que el alma de una nación, durante largo tiempo sofocada, vuelve a encontrar su expresión...

JAWAHARLAL NEHRU al Parlamento indio,
una hora antes de la independencia de la India,
la noche del 14 de agosto de 1947

1. El último imperio romántico

Un gran pueblo vivía un invierno de privaciones. Envuelto en niebla y melancolía, Londres tiritaba aquel 1 de enero de 1947. Quizá nunca había conocido la capital británica un Año Nuevo tan lúgubre. Aquella mañana de fiesta, pocos eran los hogares que disponían de suficiente agua caliente como para llenar una bañera. Y aún eran menos los londinenses que tenían la habitual resaca de su cena de Nochevieja. El escaso whisky puesto a la venta para las fiestas al precio de ocho libras esterlinas la botella, más de mil pesetas, se había agotado rápidamente. Sólo unos cuantos coches se deslizaban por las abandonadas calles, fantasmas fugitivos de una nación privada de gasolina. Envueltos en sus abrigo, anticuados y raídos después de seis años de guerra o en heterogéneos uniformes gastados por el uso, varios transeúntes caminaban apresuradamente con la cabeza hundida entre los hombros y una expresión hosca en el semblante. En los días de lluvia, al desprenderse de las ruinas que sembraban la ciudad un tufo a podredumbre y materiales quemados, un olor especial impregnaba las calles. Los escombros se amontonaban todavía en los muelles y el barrio que rodea la catedral de San Pablo. Siniestros blocaos de hormigón continuaban alzándose en ciertas plazas, y las alambradas cubrían los céspedes de Green Park.

Esta capital triste y martirizada era, sin embargo, la de un país vencedor. Diecisiete meses antes, Inglaterra había ganado la guerra más espantosa de la historia de la humanidad. La gesta de su pueblo, su valor ante la adversidad y su tenacidad indomable le habían valido la admiración del mundo. Pero ahora pagaba el exorbitante precio de

esta victoria. Su industria estaba paralizada y sus arcas vacías. Más de dos millones de ingleses se encontraban en paro. El año que comenzaba sería el octavo que vivirían bajo un régimen de draconianas restricciones. Todos o casi todos los bienes de consumo se hallaban sometidos a un severo racionamiento: los alimentos, los combustibles, el alcohol, la energía, las prendas de vestir, hasta la famosa *stout* de los *pubs* y las pelotas de *cricket*. Los periódicos proponían, incluso, las recetas de los humoristas para *reciclar* el papel higiénico. «Cinturón y sabañones» era la nueva divisa del pueblo que había derribado a Hitler haciendo obstinadamente la «V» de la victoria. Apenas una familia de cada quince había podido permitirse el lujo de comer pavo en Navidad y, hallándose gravados los juguetes con un impuesto del cien por cien, muchos zapatos infantiles habían quedado vacíos ante la chimenea. Los puestos de los mercados y los escaparates de las tiendas generalmente lucían carteles anunciando: «No hay...» No hay patatas, no hay leña, no hay carbón, no hay cigarrillos, no hay tocino. La triste realidad con la que se enfrentaba Inglaterra aquella mañana de Año Nuevo había sido resumida en una frase cruel por su más grande economista: «Somos un país pobre –había afirmado John Maynard Keynes a sus compatriotas– y debemos aprender a vivir en consecuencia.»

Sin embargo, los ingleses eran ricos. Un documento azul y oro, el pasaporte británico, les otorgaba el privilegio de penetrar libremente en más territorios que ningún otro ciudadano de ningún otro país del mundo. Aquel 1 de enero de 1947, el extraordinario conjunto de posesiones, de colonias, de protectorados y de condominios que constituía el Imperio británico se mantenía intacto. La existencia de 563 millones de hombres –fantástico mosaico de pueblos, tamules y chinos, bosquimanos y hotentotes del Sudoeste africano, aborígenes grávidas y melanesios, australianos, escoceses, canadienses y tantos otros– aún dependía de las decisiones de estos ingleses que temblaban de frío en un Londres sin calefacción. Los 291 territorios de este dominio, desparrramados por toda la superficie del planeta, incluían posesiones tan vastas como el Canadá, la India o Australia, y entidades tan minúsculas e ignoradas como Bird Island, Bramble Bay y Wreck Reef. Ni Alejandro, ni César, ni Carlomagno, habían reinado jamás sobre extensiones seme-

jantes. Se mantenía justificado el más grande orgullo de Inglaterra: cada vez que el carillón del «Big Ben» resonaba sobre las ruinas del centro de Londres, los pliegues tricolores de la Union Jack se elevaban a lo alto de un mástil en alguna parte del Imperio británico. Durante tres siglos, sus manchas rojas que invadían los mapamundis habían exaltado la imaginación de los escolares de Inglaterra, los apetitos de sus mercaderes, las ambiciones de sus aventureros. Sus materias primas habían alimentado las fábricas de la revolución industrial y sus territorios proporcionado un privilegiado mercado para sus productos. De un pequeño reino insular de menos de cincuenta millones de almas, el Imperio había hecho la nación más poderosa del Globo, y de Londres, la capital del Universo.

Sin ruido, casi furtivamente, un «Austin Princess» negro se dirigía aquella mañana hacia el corazón de la ciudad. Mientras pasaba ante el palacio de Buckingham y enfilaba el Mail, su único pasajero contemplaba con melancolía la amplia avenida que desfilaba ante sus ojos. ¡Cuántas veces, pensaba, había celebrado Gran Bretaña sus triunfos a lo largo de esta arteria! Medio siglo antes, el 20 de junio de 1897, la carroza dorada de la reina Victoria la había recorrido con ocasión de la grandiosa fiesta que señaló el apogeo de su reinado, sus bodas de diamante. Gurkhas del Nepal, sikhs del Penjab, pathans de la frontera afgana, housas de Costa de Oro, swahilis de Kenia, sudaneses, jamaicanos, malasios, chinos de Hong Kong, cazadores de cabezas de Borneo, australianos y canadienses habían desfilado entre los aplausos del enérgico pueblo que gobernaba el Imperio, al que tan orgullosos estaban de pertenecer. Los ingleses habían vivido gracias a él un sueño fabuloso. Pero la herencia de este pasado sin par, iba a serles muy pronto arrebatada. La era del imperialismo había muerto, y el simple reconocimiento de esta evidencia histórica era lo que, aquel 1 de enero de 1947, motivaba el paso solitario del «Austin Princess» negro por el Mail. Una llamada oficial había obligado a su pasajero a interrumpir unas vacaciones en Suiza, con su familia, para hacerle regresar urgentemente a Londres, donde acababa de llevarle un avión especial de la R.A.F. El automóvil se detuvo ante la puerta sin duda más fotografiada del mundo, la del número 10 de Downing Street. Durante seis años, la prensa

mundial había asociado la imagen de esta puerta con una silueta familiar tocada con un negro sombrero de fieltro, un puro en la boca, un bastón en una mano y la otra levantada haciendo la «V» de la victoria. Winston Churchill no vivía ya en esa casa, desde la que había librado dos grandes batallas, una para vencer a Hitler, la otra para defender el Imperio británico.

Un nuevo primer ministro residía ahora en el 10 de Downing Street, un profesor socialista que Churchill había rebajado al rango de «individuo modesto que no carece de razones para serlo». Clement Attlee y el partido laborista habían llegado al poder firmemente decididos a iniciar la descolonización del Imperio británico. Para ellos, este proceso histórico debía ineludiblemente comenzar por la emancipación del vasto territorio densamente poblado que se extendía desde el paso de Khyber hasta el cabo Comorin: la India. Esta soberbia construcción, el Imperio de la India, constituía la piedra angular y la justificación del Imperio entero, su logro más noble y el objeto de su más vigilante atención. Con sus lanceros bengalíes y sus maharajás cubiertos de joyas, sus cacerías de tigres y sus elefantes reales engualdrapados de oro, sus plantaciones de té y sus junglas tropicales, sus *sadhus*¹ y sus altivos *memsahibs*,² la India había encarnado el sueño imperial. Para poner fin a este sueño, había sido convocado por el primer ministro el joven almirante que llegaba ante su puerta.

A sus cuarenta y seis años, Louis Francis Albert Victor Nicholas Mountbatten, vizconde de Birmania, era una de las más célebres personalidades de Inglaterra. Medía 1,80, y ni una sola onza de grasa deformaba su cintura. Pese a las abrumadoras responsabilidades que había asumido durante los seis últimos años, no había la menor huella de fatiga o de tensión en su rostro, tan conocido por los millones de lectores de la prensa popular inglesa. La regularidad perfecta de sus facciones y los ojos azules resaltados por el color castaño de los cabellos contribuían a que pareciera más joven aún la máscara voluntaria y distinguida de este atleta que parecía salir de un estadio de la antigua Grecia.

1. Ascetas

2. Nombre dado a los ingleses que vivían en la India.

Lord Mountbatten sabía por qué lo habían llamado a Londres. Desde que dejara su mando supremo interaliado del Sudeste asiático, había respondido con frecuencia a la invitación del primer ministro, deseoso de conocer su opinión sobre los asuntos concernientes a esa parte del mundo. Durante su última visita, el interés de Clement Attlee se había concentrado, sin embargo, en un país que no perteneció al teatro de operaciones bajo su autoridad: la India. Mountbatten había experimentado de pronto «una impresión muy desagradable». Su premonición resultó justificada. En efecto, Attlee tenía la intención de nombrarle virrey de la India, de concederle así el puesto más elevado del Imperio, la prestigiosa función de una larga estirpe de ingleses que habían presidido los destinos de una quinta parte del género humano. Pero Clement Attlee no había elegido a Louis Mountbatten para gobernar el Imperio de la India, sino para llevar a cabo la misión más dolorosa que podía desempeñar un británico: organizar la salida de Inglaterra de la India.

Este prestigioso almirante de sangre real no quería por nada del mundo que se le confiara esta tarea de verdugo. Con la ingenua esperanza de obligar a Attlee a renunciar a su nombramiento, había subordinado su aceptación a toda una gama de exigencias que iban desde la selección caprichosa de un equipo de colaboradores hasta la puesta a su disposición de un avión tetramotor especial. Con gran consternación por su parte, Attlee había accedido a todas sus peticiones. Por eso, Mountbatten estaba decidido a presentar ahora nuevas pretensiones particularmente audaces.

Con su cara pálida, su aire triste y sus trajes de mediana calidad, aparentemente rebeldes a las caricias de una plancha, el primer ministro, Clement Attlee, simbolizaba a la perfección la atmósfera gris y siniestra del momento. Que este viejo jefe socialista hubiera podido pensar en el seductor jugador de polo, primo del rey de Inglaterra, para liquidar la perla del Imperio podía, a primera vista, antojarse absurdo. Sin embargo, esta elección era más juiciosa de lo que parecía. Las numerosas filas de condecoraciones que adornaban la pechera del uniforme del joven almirante revelaban cualidades que su imagen pública no siempre había popularizado. Sus responsabilidades en el Sudeste asiá-

tico le habían permitido adquirir un conocimiento excepcional de los movimientos nacionalistas indígenas. Había negociado con los guerrilleros de Ho Chi Minh en Indochina, con Sukarno en Indonesia y Aung San en Birmania, con los comunistas chinos de Malasia y los sindicalistas revolucionarios de Singapur. Convencido de que estos hombres representaban el futuro de Asia, había buscado el medio de entenderse con ellos en lugar de intentar suprimirlos, como le exhortaban sus consejeros. El movimiento nacionalista con el que tendría que tratar si iba a la India era el más antiguo y el más poderoso de todos. En veinticinco años de agitación y de acción, sus jefes habían logrado que las masas indias obligaran al Imperio más grande de todos los tiempos a renunciar a su dominio. Juiciosamente, Inglaterra prefería ahora retirarse antes de ser expulsada por la fuerza.

Clement Attlee expuso a su visitante el sombrío cuadro de la situación en la India. El clima se deterioraba de día en día, declaró, y había llegado el momento de tomar una decisión. Una sorprendente paradoja de la historia hacía, en efecto, que en el momento crítico de conceder a los indios su libertad, Inglaterra no supiera cómo proceder. La consumación que debía marcar la apoteosis de su reinado amenazaba con transformarse en pesadilla. Había conquistado y gobernado la India derramando menos sangre de la que habían hecho correr la mayor parte de las demás aventuras coloniales, pero su marcha arriesgaba desencadenar una terrible explosión de violencia entre las poblaciones indígenas súbitamente privadas de su guardián.

Las raíces de esta tragedia se hundían en el inmemorial antagonismo que enfrentaba a los trescientos millones de hindúes con los cien millones de musulmanes que vivían en la India. Mantenido por la tradición, la historia y las religiones violentamente contrarias, solapadamente exacerbado en el pasado por la política británica que había tratado de «dividir para reinar», el conflicto estaba a punto de estallar. Ahora, los jefes de los cien millones de musulmanes exigían que Gran Bretaña desgarrase la unidad de la India tan duramente edificada para darles un Estado islámico independiente. En caso de negativa, amenazaban con provocar la guerra civil más sangrienta que Asia hubiera conocido jamás. Igualmente decididos a oponerse a esta ambición es-

taban sus adversarios, los dirigentes del partido del Congreso, que agrupaba a la mayoría de los trescientos millones de hindúes. A sus ojos, la división del subcontinente indio sería una mutilación odiosamente sacrílega de su patria histórica.

Atrapada entre estas dos posiciones aparentemente inconciliables, Inglaterra se hundía cada día más en un avispero del que parecía incapaz de librarse. Sus numerosos intentos para conseguirlo habían fracasado. La situación era ahora tan desesperada que el actual virrey, mariscal sir Archibald Wavell, acababa de presentar a Londres un verdadero plan para echar a pique el Imperio de la India. Como último recurso, sugería que el Gobierno «anuncie la intención de Gran Bretaña de retirarse de la India en el momento y de la manera exigidos por el respeto a sus intereses; y que consideraría todo intento de entorpecer esta operación como un acto de guerra, al cual respondería con todos los medios a su disposición». Gran Bretaña y la India se encaminaban, pues, hacia un tremendo desastre, precisó Clement Attlee a Mountbatten. Todas las mañanas llegaban telegramas informando a Londres de sangrientos incidentes acaecidos en nuevos rincones de la India. Era necesario actuar con rapidez. El actual virrey no se hallaba en condiciones de corregir la situación. Este valeroso soldado carecía de la elocuencia necesaria para establecer contactos válidos con sus volubles interlocutores indios. Sólo una personalidad nueva, un enfoque original, permitirían contener la crisis. Por ello, Mountbatten debía considerar como un deber de Estado el aceptar sustituir al virrey.

Mientras el primer ministro hablaba, el almirante había mantenido un rostro impenetrable. Consideraba más que nunca este ofrecimiento «como una misión absolutamente desprovista de esperanza». Conocía y admiraba al mariscal Wavell, con el que tan a menudo había discutido los problemas de la India. «Si él no ha podido obtener buenos resultados, ¿por qué habría de tener yo más suerte?», pensaba. Pero sentía cada vez con más claridad que no podría zafarse. Se iba a ver obligado a asumir una tarea en la que eran grandes las posibilidades de fracaso y en la que corría el riesgo de perder su gloriosa reputación conquistada durante la guerra. No pudiendo negarse abiertamente, Mountbatten estaba, sin embargo, decidido a imponer al primer ministro ciertas disposiciones políti-

cas susceptibles de dar a su misión por lo menos algunas posibilidades de éxito. Aceptaría con la condición de que el Gobierno proclamase públicamente la fecha definitiva en la que Inglaterra se comprometería a dejar de ejercer su soberanía para conceder la independencia a la India. Sólo esta precisión demostraría a los dirigentes indios que Gran Bretaña estaba sinceramente dispuesta a marcharse, y les convencería de la urgencia que existía para entablar negociaciones realistas.

Mountbatten exigió luego un privilegio que ningún otro virrey habría osado nunca reclamar: plenos poderes, libertad de acción absoluta, sin obligación de remitirse a Londres y, sobre todo, sin la constante injerencia de Londres. El Gobierno de Clement Attlee seguiría a su nave.

—¿No está usted reclamando poderes plenipotenciarios que le sitúan por encima de la autoridad del Gobierno de su majestad? —se inquietó Attlee.

—Me temo que eso es exactamente lo que pido —respondió Mountbatten—. ¿Cómo iba a negociar con seriedad teniendo constantemente sobre mí al gabinete?

Lo exagerado de las pretensiones del joven almirante pareció dejar sin aliento al primer ministro. Mountbatten observó sin desagrado el efecto de su petición, deseando intensamente que incitara a su interlocutor a retirar su ofrecimiento. Pero Attlee no tenía intención de hacer tal cosa. Una hora más tarde, con aire sombrío y resignado, Louis Mountbatten salía de Downing Street vestido de la triste misión de ser el último virrey de la India, el liquidador de una grandiosa epopeya nacional llegada desde las profundidades de la historia de su país.

Al regresar a su automóvil, le asaltó un extraño pensamiento. Hacía exactamente setenta años, día por día, casi hora por hora, que su bisabuela era proclamada «emperatriz de la India» en una llanura de los alrededores de Nueva Delhi. Todos los maharajás reunidos en esta ocasión habían implorado entonces a los cielos para que «la autoridad y la soberanía de la reina Victoria se mantuvieran sólidas y poderosas por toda la eternidad».

En esta mañana de Año Nuevo de 1947, uno de los bisnietos de esta soberana acababa de pedir al primer ministro de la Gran Bretaña que fijase el día que pondría término a la eternidad.

Las epopeyas más grandiosas pueden tener un origen absolutamente trivial. Si, tres siglos y medio antes Gran Bretaña se había lanzado a la magna aventura colonial cuya conclusión se le había ordenado ahora a Louis Mountbatten, todo había sido por causa de cinco desdichados chelines. Representaban el aumento en el precio de una libra de pimienta –condimento muy apreciado en las mesas isabelinas– impuesto por los traficantes holandeses que controlaban el comercio de especias. Escandalizados por esta provocación, veinticuatro mercaderes de la *city* de Londres se reunieron la tarde del 24 de septiembre de 1599 en un inmueble de la calle Leadenhall situado a menos de 1.500 m de la residencia en que acababan de entrevistarse Attlee y Mountbatten. Su intención era fundar una modesta casa de comercio con un capital inicial de 72.000 libras esterlinas suscrito por 125 accionistas. Sólo el lucro había motivado esta empresa, que fue bautizada con el nombre de *East India Trading Company*.

La Compañía obtuvo el reconocimiento oficial el 31 de diciembre de 1599, el último día del siglo XVI, al otorgarle la reina Isabel I de Inglaterra una carta concediéndole, por un primer período de quince años, el derecho exclusivo a comerciar con todos los países situados más allá del Cabo de Buena Esperanza. Ocho meses más tarde, un galeón de quinientas toneladas, el *Hector*, echaba el anda ante el pequeño puerto de Surat, al norte de Bombay. Era el 24 de agosto de 1600. Los ingleses habían llegado a la India. Su primer desembarco en estas legendarias costas, hacia las que había creído navegar Cristóbal Colón cuando descubrió América, fue más bien discreto. Escoltado por una guardia de cincuenta mercenarios pathans, William Hawkins, capitán del *Hector*, un viejo lobo de mar más pirata que explorador, se adentró en el interior de esa tierra que había inflamado la imaginación de la Inglaterra isabelina, seguro de encontrar en ella rubíes del tamaño de huevos de paloma, pimienta en abundancia, jengibre, añil y canela, árboles de hojas tan grandes que pudieran cobijar a una familia entera y pociones mágicas elaboradas a base de colmillos de elefante que garantizaban la juventud eterna.

El capitán no descubriría esa India en su camino hacia Agra. Pero su entrevista con el gran mogol recompensaría sobradamente las penalidades de su viaje. Se encontró ante un monarca a cuyo lado la reina

Isabel parecía la soberana de un pequeño feudo de provincias. Ejerciendo su mando sobre setenta millones de súbditos, Jehangir era el rey más rico y poderoso del mundo, el cuarto y último gran emperador mogol de la India. El primer inglés recibido en su Corte fue acogido con atenciones que habrían desconcertado, sin duda, a los austeros funcionarios de la *East India Trading Company*. El mogol le nombró oficial de la Casa Real y le ofreció como regalo de bienvenida la muchacha más hermosa de su harén, una cristiana armenia.

Afortunadamente, la llegada a Agra del intrépido capitán había producido los beneficios más adecuados para satisfacer los apetitos pecuniarios de sus patronos. Jehangir rubricó un firmán imperial autorizando a la Compañía a abrir sucursales a lo largo de la costa situada al norte de Bombay. El resultado fue rápido e impresionante. Muy pronto, dos navíos descargaban todos los meses en los muelles del Támesis verdaderas montañas de pimienta, de caucho, de azúcar, de seda silvestre y de algodón. Volvían a zarpar con las bodegas abarrotadas de productos manufacturados. Un auténtico diluvio de dividendos se derramó sobre los accionistas de la Compañía. El año siguiente, aparecieron varios barcos frente a Madrás y, luego, en el golfo de Bengala. Unos cuantos valerosos pioneros se instalaron en las pestilentes marismas del delta del Ganges y fundaron el establecimiento que más tarde se convertiría en Calcuta. En general, fueron recibidos sin hostilidad por los soberanos y la población indígenas. Su divisa, sin cesar repetida, explicaba esta acogida. «*Trade not territory*; comercio, no colonización», proclamaba.

Sin embargo, el desarrollo de sus negocios no tardó en obligar a los agentes de la Compañía a proteger su comercio, llevándoles inevitablemente a intervenir en los conflictos políticos locales. Comenzaba así un compromiso irreversible que debía llevar a Inglaterra a conquistar la India casi inadvertidamente. La aparición de Francia, atraída a las costas indias por las mismas riquezas, había acelerado de manera singular el proceso. Durante treinta años, las dos naciones trasplantaron sus rivalidades de los campos de batalla de Europa a las junglas y las llanuras tropicales de la India, entregándose a una constante competición para obtener el apoyo y la amistad de los príncipes indios más influyentes. Bajo el impulso del brillante administrador Joseph François

Dupleix, Francia intentó edificar en la India un vasto imperio. Estuvo a punto de conseguirlo. Pero el ejército que la Compañía inglesa había levantado para defender sus intereses derrotó finalmente a los franceses y ahuyentó su sueño imperial.

El 23 de junio de 1757, marchando bajo una lluvia torrencial al frente de novecientos ingleses del 39.º de infantería y de dos mil cipayos indígenas, un audaz general llamado Robert Clive aniquilaba a las fuerzas de un turbulento sultán en los arrozales de una aldea de Bengala próxima a Plassey. La victoria de Clive, que solamente había costado 23 muertos y 49 heridos, abrió toda la India del Norte a los mercaderes de Londres. Constituyó el principio de la verdadera conquista, que duró todo el siglo siguiente. Los constructores del imperio sustituían a los comerciantes.

Aunque Londres les había ordenado evitar todo «plan de conquista y de expansión territorial», una sucesión de ambiciosos gobernadores generales se lanzaron sin tregua a una política de imperialismo desenfrenado. Declarando que no podía existir «ninguna bendición mayor para las poblaciones indígenas de la India que la extensión de la dominación británica», el gobernador Richard Wellesley extendió la soberanía de Inglaterra a los Estados de Mysore, de Travancore, de Baroda, de Hyderabad y Gwalior, desmembrando el valeroso reino hindú de los máratas y conquistando casi todo el Decán, Bengala y el valle del Ganges. Sus sucesores sometieron a los Estados rajputanos, anexionando la provincia occidental de Sind con su puerto de Karachi y libraron dos feroces guerras contra los sikhs para reducir el Punjab y consumir una conquista prácticamente total de la India. Así, pues, habían bastado unos cuantos decenios para que una compañía de mercaderes se metamorfoseara en potencia soberana, sus agentes y contables en gobernadores, sus almacenes en palacios, su búsqueda de dividendos en búsqueda de dominación territorial. Sin haberlo querido realmente, Gran Bretaña sucedía al emperador mogol que le había abierto las puertas del subcontinente indio.

La dominación inglesa reportaba a la India considerables beneficios, la *Pax britannica* e instituciones calcadas sobre las de la metrópoli. Pero, sobre todo, había dado a este gigantesco país el inestimable

don de la lengua inglesa, que había de convertirse en el lazo de unión entre todos sus pueblos y el vehículo de sus aspiraciones revolucionarias.

La primera manifestación de estas aspiraciones se había producido en 1857 bajo la forma de un violento amotinamiento militar. El providencial auxilio de un puñado de maharajás había evitado el derrumbamiento del edificio británico y permitido a los ingleses agrupar sus fuerzas y aplastar el levantamiento con una brutalidad igual a la de los hombres que se habían alzado contra ellos. El resultado más inmediato de este amotinamiento fue un cambio radical en la forma en que Inglaterra gobernaba la India. Tras 258 años de fructíferas actividades, se había puesto fin a la existencia de la honorable *East India Trading Company* del mismo modo en que ésta había nacido, por un decreto real firmado el 12 de agosto de 1858. El nuevo edicto transfería la responsabilidad del destino de trescientos millones de indios a las manos de una mujer de treinta y nueve años, cuyo voluntarioso rostro iba a encarnar la vocación de la raza británica a la dominación del mundo, la reina Victoria. A partir de entonces, la autoridad de Inglaterra iba a ser ejercida por la Corona, representada en la India por una especie de soberano nombrado para reinar sobre una quinta parte de la humanidad: el virrey.

Esta transformación fundamental inauguraba el período que con más frecuencia asociaría el mundo a la dominación inglesa sobre la India, la época victoriana. Lo esencial de su filosofía reposaba en un concepto que gustaba de repetir a quien había de convertirse en el bardo del sueño imperial, Rudyard Kipling: los *white Englishmen* estaban hechos para dominar a «esos pobres pueblos privados de sus leyes». «Por algún impenetrable designio de la providencia —proclamaba Kipling— la responsabilidad de gobernar la India había sido depositada sobre los hombros de la raza inglesa.»

Esta monumental tarea había sido ejercida por una minúscula élite, los dos mil miembros del *Indian Civil Service* y los diez mil oficiales ingleses que mandaban el Ejército de la India. Sostenida por sesenta mil soldados británicos y doscientos mil soldados indígenas, la autoridad de este puñado de hombres había gobernado y mantenido el orden

en un país de trescientos millones de habitantes. Ninguna estadística podía definir mejor que estas cifras el carácter de la dominación inglesa en la India y traducir el grado de sumisión que encontró por parte de las masas indias.

La India de estos colonizadores era la India romántica y pintoresca de los relatos de Kipling. Era la India de los *gentlemen* blancos arrastrando tras sus cascos de plumas a sus escuadrones de *sowars*³ cubiertos con turbantes; la India de los recaudadores de impuestos perdidos en las tórridas inmensidades del Decán; la India de las suntuosas fiestas imperiales al pie del Himalaya en la capital estival de Simla; la India de los partidos de *cricket* sobre los céspedes del «Bengal Club» de Calcuta; la India de los partidos de polo en el polvo del desierto de Rajasthan y de las cacerías de tigres en Assam; la India de los administradores que se vestían de esmoquin para cenar en su campamento en plena jungla y elevaban solemnemente su vaso de jerez para brindar por el rey-emperador mientras aullaban los chacales en las tinieblas; la India de los oficiales de guerrera roja escalando las vertiginosas pendientes del paso de Khyber y persiguiendo a los feroces rebeldes *pathans* en el sofocante calor del verano o en la ventisca del invierno; la India de una casta de hombres convencidos de su superioridad, bebiendo whisky con soda bajo las verandas de sus clubs «reservados para los blancos». Los espacios infinitos del continente indio habían ofrecido a estos ingleses lo que no podían darles sus angostas playas insulares: una palestra sin límites en la que saciar su sed de aventura. Habían llegado, imberbes y tímidos, a los diecinueve y veinte años, a los muelles de Bombay. Treinta y cinco o cuarenta años más tarde, habían vuelto a marcharse con el rostro quemado por demasiado sol y demasiado whisky, el cuerpo marcado por las heridas de las balas, por las enfermedades tropicales, las garras de una pantera o sus caídas jugando al polo, pero orgullosos de haber vivido su parte de leyendas en el último imperio romántico del mundo.

Con frecuencia, su aventura había comenzado en la teatral confusión de la estación Victoria de Bombay. Allí, bajo las arcadas neogóti-

3. Jinetes indígenas del Ejército de la India.

cas, descubrían el país en el que habían decidido pasar su vida. ¡Qué choque al primer contacto del frenético torbellino de la población indígena, al penetrante olor a orina y especias, a la opresión del inhumano calor! ¡Qué sorpresa al descubrir de pronto la complejidad del mundo indio ante las fuentes de la estación! Como en todas las de la India, carteles colocados sobre cada uno de los caños identificaban el agua «reservada» a los europeos, a los hindúes, a los musulmanes y a los intocables. Qué alivio ante la vista de los coches color verde oscuro del *Frontier Mail* o del *Hyderabad Express*, cuyas locomotoras llevaban el nombre de célebres generales británicos. Tras las cortinas de los coches de primera clase, les esperaba un mundo familiar, un mundo de profundos asientos con reposacabezas bordados, de botellas de champaña puestas a refrescar en cubos de plata, un mundo, sobre todo, en el que los únicos indios con los que corrían el riesgo de encontrarse serían el inspector y los camareros del coche-restaurante. Los recién llegados aprendían, así, desde su llegada, la regla esencial: la Gran Bretaña reinaba sobre la India, pero los ingleses vivían aparte.

Años muy duros habían esperado a los jóvenes administradores del Imperio al final de este primer viaje. Habían sido enviados a puestos lejanos, la mayor parte del tiempo apartados de toda civilización, desprovistos de telégrafo y de electricidad, sin carreteras ni ferrocarriles, y privados de toda presencia europea. Con frecuencia, se habían encontrado, a los veinticuatro o veinticinco años de edad, dueños omnipotentes de territorios a veces más extensos que Córcega y más poblados que Bélgica. Habían inspeccionado su distrito a pie o a caballo, yendo de aldea en aldea al frente de toda una caravana de sirvientes, de guardias de corps, de secretarios, y de una cohorte de burros, de camellos o de carros que transportaban su tienda-despacho, su tienda-habitación, su tienda-comedor, su tienda-cocina, su tienda-cuarto de baño, así como víveres para todo un mes. En cada etapa, la tienda-despacho se había convertido en la sala de audiencia de un tribunal. Dignamente instalados tras una mesa plegable, flanqueados por dos sirvientes que ahuyentaban las moscas con sus abanicos, habían administrado la justicia en nombre de su majestad el rey de Gran Bretaña y emperador de la India. Al ponerse el sol, tras darse un baño en una bañera de

piel de cabra, se habían puesto ceremoniosamente su esmoquin para una cena solitaria bajo el mosquitero de la tienda-comedor iluminada por una lámpara cuya llama estaba protegida del viento mientras resonaban a su alrededor los ruidos de la jungla y el rugido ocasional de un tigre. A cada amanecer, habían reemprendido la marcha para ejercer en otro punto la autoridad soberana del hombre blanco.

En general, este duro aprendizaje cualificaba a los servidores imperiales para ocupar su puesto en esos privilegiados islotes de verdor desde los que la aristocracia imperial reinaba sobre la India. Ghettos dorados de la dominación británica, los *cantonments* constituían verdaderos cuerpos extraños adheridos a las principales ciudades indias. Cada uno de ellos tenía su jardín público, sus céspedes al estilo inglés, su Banco, su matadero, sus tiendas y su iglesia con su campanil de piedra, orgullosa y conmovedora réplica de los encantadores campanarios de Dorset o de Surrey. El corazón de estos enclaves era obligatoriamente la institución que aparece siempre que se encuentran dos ingleses, el club. Durante generaciones enteras, a la sosegada hora en que el sol se desvanecía en el horizonte, los dignos representantes de su majestad se habían instalado sobre los céspedes o bajo las frescas verandas de estos clubs para un *sundown*, el primer whisky de la velada, que les servían criados vestidos con túnica blanca. Cada uno de estos clubs tenía un rincón tranquilo en el que los ingleses podían evadirse por unos instantes de la India y recuperar el país que habían abandonado quizá para siempre. Confortablemente instalados en sillones de cuero, se entregaban a la lectura del *Times*, cuyas páginas, de hacía un mes o más, les traían los ecos lejanos de los debates en los Comunes o de los hechos y gestos de la familia real, las efemérides de la vida londinense y, sobre todo, el anuncio de los nacimientos, matrimonios o fallecimientos de sus contemporáneos, de los que les separaba la cuarta parte de la superficie del Globo. Tras esta escala ritual, les esperaba otra, primero en el bar, luego en el comedor. Allí, bajo una batería de ventiladores que agitaban el aire tropical, bajo la mirada de vidrio de las cabezas de tigres y búfalos salvajes matados en las junglas circundantes, desdeñaban los tesoros de la gastronomía mogol para degustar religiosamente la insípida

cocina de su remota isla, servida en una profusión de centelleante cubertería de plata.

La India imperial había refulgido con las fiestas y recepciones más fastuosas. «Toda familia inglesa que se preciara de la menor posición poseía una sala de baile y un salón de treinta metros de largo —cuenta una gran dama de esta época—. No existían entonces esos horribles *buffets* donde las gentes se sientan con su plato junto a los invitados que eligen. La cena más íntima reunía por lo menos a cuarenta comensales, con un servidor detrás de cada uno de ellos. Los comerciantes no asistían a estas recepciones, ni tampoco ningún indio, desde luego; jamás habría osado nadie frecuentar su compañía. Nada tenía más importancia que la precedencia, y era un hecho imperdonable faltar a sus reglas. ¡Imaginen qué viento polar podía barrer de pronto una velada cuando la esposa del secretario general de un ministerio descubría que había sido colocada junto a un funcionario de rango inferior al de su marido!»

El mayor entretenimiento de los ingleses en la India había sido, sin duda, el deporte. Su pasión por el *cricket*, el tenis, el *squash* y el *hockey* sobre hierba lo convertirían, además de la lengua inglesa, en la herencia más duradera que estos colonizadores dejarían tras sí. En Calcuta se jugaba al golf ya en 1829, treinta años antes que en Nueva York, y el recorrido más elevado del mundo fue creado a tres mil metros de altitud, en pleno Himalaya. Ningún saco de golf era más apreciado que los fabricados con la piel de una verga de elefante..., a condición, desde luego, de que su propietario hubiera matado por sí mismo al animal. Toda ciudad que se respetase poseía un equipo de caza a caballo, con su jauría de perros importados de Inglaterra. Audaces caballeros con chaqueta roja y gorra negra galopaban en el horno de las áridas llanuras en persecución de los chacaes que la India ofrecía a falta de zorros. Los más temerarios cazaban el jabalí con lanza, y la leyenda aseguraba que algunos habían incluso cobrado así tigres y panteras. Estos enamorados de los caballos habían adoptado el juego nacional indio hasta el punto de hacer del polo una verdadera institución británica. Y la final anual del torneo de polo entre los veintiún regimientos de caballería del Ejército de la India había constituido durante décadas el acontecimiento deportivo más brillante de la India imperial.

Si generaciones de ingleses habían encontrado en la India la realización de sus sueños de aventura, también muchos debían de encontrar allí la muerte en la flor de su vida. Contiguo a la iglesia de cada enclave británico, un cementerio y sus numerosas tumbas ilustraban el tributo que la colonización inglesa pagaba al clima cruel de la India, a sus peligros, a sus epidemias de cólera, de malaria y de fiebre de las junglas. Sus lápidas recordaban su conmovedora historia. La tumba más antigua era la de una tal Elizabeth Baker «muerta en 1610 al dar a luz a bordo del *Roebuck* a dos días de Madrás». Estaban las de comerciantes como Christopher Oxender, primer presidente del establecimiento de Surat –la ciudad ante la que había anclado el capitán del *Hector*–, muerto el 15 de abril de 1659 después de «haber vivido en una inmensa mansión en la que trompetas de plata anunciaban los innumerables platos de sus banquetes» y que «se paseaba por las calles de Surat precedido por su chambelán, su guardia de corps y el portador de la sombrilla imperial, bajo la cual avanzaba con particular dignidad». Estaban las de agentes de la civilización británica como Augustus Cleveland, un recaudador de impuestos de Bhagalpur muerto a la edad de veintinueve años, cuyo epitafio precisaba que «había llevado el progreso a una raza salvaje de montañeses de la jungla de Raj Mahal, les había comunicado el amor a la cultura y ligado para siempre a la Corona británica». Estaban todas las de los soldados del Imperio caídos gallardamente por su soberano y su país. El teniente W. H. Sitwell, del 31.º regimiento indígena, había «muerto en el campo del honor a la edad de veintidós años, el 11 de febrero de 1850» cuando «joven, bello, valiente, noble, con un corazón generoso y lleno de esperanza, la vida le esperaba con todos sus sueños, que se desvanecieron de golpe. Perekó cargando gloriosamente, sable en alto, sobre el enemigo».

La India había permanecido fiel a sus leyendas hasta en la muerte. El teniente St. John Shaw, de la *Royal Horse Artillery*, había sucumbido «a las heridas causadas por una pantera el 12 de mayo de 1866, a la edad de veintiséis años». El mayor Archibald Hibbert, que mandaba la 80.ª batería de la *Royal Field Artillery*, había perecido el 15 de junio de 1902 cerca de Raipur «bajo los cuernos de un búfalo salvaje». Harris McQuaid había sido «pisoteado por un elefante en Saugh el 6 de junio

de 1902», y Thomas Butler, contable de Obras Públicas de Jabalpur, había tenido «la desgracia de ser devorado por un tigre en la selva de Tilman el 25 de febrero de 1897». La muerte más insólita había sido la del general de Ingenieros Henry Durand, caído de su elefante durante el desfile de inauguración del arco de triunfo cuya altura había calculado mal.

Más anónimas, pero no menos simbólicas del precio en vidas humanas que había costado el sueño imperial inglés, eran las lápidas funerarias de todos los inspectores de Policía, ferroviarios, plantadores, misioneros, lanceros de Bengala, y de todas las esposas a quienes había vencido la enfermedad. Nadie fue perdonado, ni siquiera la mujer del primer virrey de la India, lady Canning, que había muerto de fiebre de la jungla en su propio palacio, no obstante hallarse a cubierto de las pestilencias. Todavía más conmovedoras y reveladoras de los sacrificios impuestos a los conquistadores de la India imperial eran las pequeñas sepulturas de todos los niños que habían encontrado la muerte a consecuencia de un clima y unas enfermedades que no habrían conocido jamás en la Inglaterra de sus padres. Dos epitafios sobre una misma losa del cementerio de Asigarn resumen a la perfección toda su crueldad: «19 de abril de 1845, Alexander, siete meses, hijo del ferroviario Johnson Scott y de su mujer Martha, muerto de cólera», «30 de abril de 1845, William John, cuatro años, hijo del ferroviario Johnson Scott y de su mujer Martha, muerto de cólera». Debajo estaba grabada la despedida de unos padres inconsolables:

*Aquí yacen,
frutos salidos de las mismas entrañas,
dos niños
que una mortal enfermedad se llevó consigo
lejos de una Inglaterra
que jamás conocieron.*

Funcionarios o soldados prestigiosos, estas generaciones de ingleses habían administrado la India como jamás fueron éstas administradas en el pasado. Entregados por completo a su tarea y sin más ambi-

ción que la de inspirar a una sociedad fundada en la desigualdad el respeto a la ley y la justicia, habían sido, con muy raras excepciones, hombres capaces e incorruptibles. Pero la insignificancia de su número y el complejo de superioridad racial que ardía en ellos les habían privado de verdaderos contactos con las poblaciones situadas bajo su autoridad. Este prejuicio victoriano de la preeminencia del hombre blanco nunca ha sido más perfectamente expresado que por un antiguo administrador del *Indian Civil Service* en el curso de un debate parlamentario de principios de siglo. Existía, afirmó, «una convicción compartida por todos los ingleses que vivían en la India, desde el más poderoso hasta el más humilde, desde el plantador en su remoto *bungalow* hasta el director de un periódico de la capital, desde el prefecto de una gran provincia hasta el virrey en su trono: la convicción, arraigada en lo más profundo de cada uno, de pertenecer a una raza que Dios había elegido para gobernar y someter».

La muerte de seiscientos mil miembros de esta raza elegida en los campos de batalla de la primera guerra mundial habría de asestar un primer golpe a la leyenda de una cierta India. Toda una generación de jóvenes destinados a patrullar a lo largo de la frontera afgana, a administrar los lejanos distritos y a galopar en sus caballos de polo sobre el polvo de los *maidans* había caído en las trincheras de Flandes. A partir de 1918, el reclutamiento del *Indian Civil Service* había resultado cada vez más difícil. Presintiendo la evolución de los tiempos, los supervivientes de la guerra preferían apartarse de una carrera que parecía destinada a finalizar mucho antes de la edad del retiro.

El 1 de enero de 1947 solamente quedaba de servicio en la India un millar de supervivientes del *Indian Civil Service*, élite minúscula que, bien que mal, aún conseguía imponer la autoridad de la Gran Bretaña sobre cuatrocientos millones de hombres. Eran los últimos representantes de una raza de hombres llamados a desaparecer en la caída del colosal edificio condenado por la marcha inexorable de la historia, y que una conversación secreta sostenida aquel día en Londres acababa de precipitar ineluctablemente.